



Puente Democrático

Año XIV N° 61 - 5 de diciembre 2016

PREVALECEREMOS: JUNTOS, EN PLURAL

Discurso de presentación en la entrega del Premio a la Democracia Ion Ratiu, 2016, de la Ion Ratiu Foundation, en el Woodrow Wilson Center, Washington DC.

Por Manuel Cuesta Morúa



El Centro para la Apertura y el Desarrollo de América Latina (CADAL) es una fundación privada basada en la ciudad de Buenos Aires (Argentina), sin fines de lucro y a-partidaria, constituida el 26 de febrero de 2003 con el objetivo de promover los valores democráticos y la defensa internacional de los derechos humanos; observar el desempeño político, económico e institucional; y formular propuestas de políticas públicas que contribuyan al buen gobierno y el bienestar de las personas.

Puente Democrático es un programa de CADAL dedicado a promover la solidaridad democrática internacional e incidir en la adopción de una política exterior activa en la defensa de los derechos humanos.

CADAL integra el Network of Democracy Research Institutes (NDRI) y la International Coalition to Stop Crimes against Humanity in North Korea (ICNK), es un Instituto Asociado al Proyecto Plataforma Democrática y está registrada como Organización de la Sociedad Civil ante la Organización de Estados Americanos (OEA).

CADAL cuenta con un Consejo de Administración (Board), un Comité Ejecutivo, un Consejo Académico, un Consejo Consultivo y un Consejo Empresario. Entre sus miembros y colaboradores externos CADAL dispone de un grupo de analistas, investigadores asociados, pasantes, voluntarios y becarios.

Reconquista 1056 piso 11°
1003 - Buenos Aires - República Argentina
Tel: (54-11) 4313-6599

E-mails:
comunicacion@cadal.org
correo@puentedemocratico.org

Websites:
www.cadal.org
www.puentedemocratico.org
www.vaclavhavel.org.ar

Twitter:
@CADAL
@PuenteDemo

Sobre el autor



Manuel Cuesta Morúa

Nació en La Habana el 31 de diciembre de 1962. Se graduó en Historia en la Universidad de La Habana en 1986 en la especialidad de Historia Contemporánea, en historia de Asia. Ha realizado posgrados en politología, economía, relaciones internacionales y antropología. Entre 1986 y 1991 trabajó en varias instituciones oficiales. Primero como guía turístico. Luego, entre 1987 y 1988, como profesor de historia en la enseñanza media. De 1988 a 1991 en la Casa de África del Museo del Historiador en Habana Vieja, Ciudad de la Habana. Fue expulsado de esta última institución en 1991 por sus ideas políticas. Ese mismo año ingresa en la entonces organización socialdemócrata, Corriente Socialista Democrática Cubana, alternativa al régimen.

En 1993 comienza a trabajar también en la Comisión de Derechos Humanos y Reconciliación Nacional, la más prestigiosa de las organizaciones de derechos humanos en Cuba, hasta el año 1996 en que fue electo Secretario General de la Corriente Socialista Democrática. Funda, en 1998, junto a otras organizaciones políticas, cívicas y sociales, la Mesa de Reflexión de la Oposición Moderada, que fue disuelta en 2003, y de la que surge un programa llamado Plataforma Común.

En 2002 funda el Arco Progresista, organización que actualmente preside, que reúne a organizaciones de naturaleza socialdemócrata, hasta entonces dispersas, de dentro y fuera de Cuba. Trabajó con otros activistas y organizaciones en la recogida de 35 000 firmas para la elaboración de una Carta de Derechos y Deberes de los Cubanos en 2003.

Actualmente, es Portavoz Partido Arco Progresista, miembro de la Mesa de Unidad de Acción Democrática, y Vocero Plataforma Ciudadana #Otro18.

Es fundador, junto a otros cubanos, nicaragüenses, costarricenses, bolivianos, ecuatorianos y venezolanos, entre ellos el líder de Voluntad Popular Leopoldo López, actualmente en prisión, de la plataforma regional Solidaridad Democrática Latinoamericana que, conectada a otros esfuerzos de la región busca, desde la ciudadanía, construir una América de los Ciudadanos, como escenario permanente para la defensa y promoción de los derechos humanos y las libertades fundamentales en nuestro hemisferio.

Ha sufrido numerosos arrestos y también actos de repudio a lo largo de su vida política y como defensor de derechos humanos. A fines de enero de 2014 estuvo detenido por el intento de organizar en La Habana el II Foro Alternativo a la Cumbre de Estados Latinoamericanos y del Caribe (CELAC) y fue liberado más tarde con una medida cautelar que le impide salir del país, bajo un proceso de instrucción penal en la causa número 5 del 2014, por el supuesto delito de Difusión de Noticias Falsas contra la Paz Internacional.

Ha escrito numerosos ensayos y publicado en varias revistas cubanas y extranjeras, además de participar en eventos nacionales e internacionales y es miembro de la Asociación de Estudios Latinoamericanos (LASA por sus siglas en inglés) con sede en la Universidad de Pittsburg, Estados Unidos.

Es autor del libro "Ensayos progresistas desde Cuba" (CADAL/2014).

En marzo de 2015 fue declarado Huésped de Honor de la Ciudad de Buenos Aires por la legislatura porteña.

Twitter: @cubaprogresista

Mi presentación no está cerca del elevator speech, pero les garantizo que sí está algo lejos del florido lenguaje del Caribe.

Hace por lo menos cinco años vengo haciendo un ejercicio anticubano: hablar poco, no más de 10 minutos, tratando de ser preciso. Probablemente hoy incumpla eso. Pero no se asusten. Y me van, voy, a disculpar porque la culpa la tiene Ion Ratiu, un gran rumano que se comportó a la altura que exigían las circunstancias de su país.

Establecer una Fundación para impulsar y estimular el pensamiento y los valores democráticos es la mejor inversión que se puede hacer por la democracia. Aunque parezca lo contrario, por cierta afición a la guerra y a la violencia que también tenemos, Cuba se funda como proyecto de nación por los textos. Desde el presbítero Félix Varela hasta José Martí. Dos fundadores en acto que tenían el buen hábito de primero pensar, y luego seguir pensando en la acción.

Universal el acto de pensar, universal las ideas de la libertad, universal la democracia, el punto focal de la crítica a occidente que Ion Ratiu hace en su libro *Policy for the West*, y con un alto standard moral.

Estos son tiempos críticos y de crítica, de modo que me reconozco en la tradición de Ion Ratiu de no ser complaciente con nosotros mismos: los demócratas.

Son tiempos también de agradecimiento. Agradecer el reconocimiento a un gesto, a una acción, a una obra o a un talento es la primera señal de que como personas o instituciones aceptamos nuestra condición primigenia: la de existir y vivir en y para una comunidad. Y en tiempos en los que abundan las sociopatías comunitarias, de todas las índoles y en muchas versiones, es bueno recordar que los humanismos empiezan por el reconocimiento y el agradecimiento de los otros. En su diversidad.

Eso hago. Admitir y aceptar que vivo en una comunidad mayor de hombres y mujeres libres que existen en y por la democracia, y que cortejan y aman las libertades del mismo modo que aman y defienden con fuerza la cuna inicial e insustituible de todos los aprendizajes: la familia. Quiero agradecer así al Centro para la Apertura y el Desarrollo de América Latina (CADAL) por su distinción y por su perseverancia. Sin desfallecer, CADAL tocó la puerta del Woodrow Wilson Center, presentó una historia y siguió trabajando junto a nosotros por el arribo de las libertades y la democracia en Cuba. Que ciertamente está demorando un poco. Porque si, en la secuencia temporal del cambio, a Polonia le tomó 10 años, a Hungría 10 meses, a Alemania Oriental 10 semanas, a Checoslovaquia un tiempo cercano a los 10 días, y a Rumania 10 horas, a nosotros los cubanos nos está tomando 25 años. Mucho tiempo transitando.

Agradezco a continuación al Woodrow Wilson Center y a la Ion Ratiu Foundation, prestigiosas instituciones, por mirar al sur, al Caribe, por apreciar que hay allí un lugar ausente para la libertad y por reconocer a uno de esos tantos ciudadanos que desde Cuba respondemos a los desafíos de nuestra época, también al inmenso calor tropical, para reconstruir el suelo de la democracia y de las libertades. Eso sí. Con la resiliencia necesaria frente a las embestidas de las utopías regresivas, frente a nuestros errores de perspectiva y frente a las imitaciones humanas de dios, de ciertos individuos a quienes les interesa mandar y no obedecer.

Pero quiero colocar, por sobre todas las cosas, el Premio por la Democracia Ion Ratiu 2016 en medio de las miles de historias de vida que dan contenido, sentido y perspectiva a mis específicas peripecias, camino de la democracia en Cuba.

Como historiador sigo atrapado por el vicio de la causalidad. Y solo puedo entender lo que hago conectado con una tradición política y cultural muy diversa que muchos antes que yo, y otros tantos junto a los que estoy, han venido y vienen alimentando desde otras experiencias y con sus específicas historias de vida, más fuertes y dolorosas que la mía sin duda alguna. Todo con el fin de reconstruir una convivencia en la que podamos prevalecer, juntos y en plural: que es el reto clave al que se enfrentan las democracias modernas.

Quiero agradecer también a mis amigos. Asumo que hoy ellos desde Cuba, Miami, España, o cualquier otro lugar, se están reconociendo en este espacio y en este premio que también merecen. Tanto por los esfuerzos compartidos como porque han sabido comprender, no sé si perdonar, mis errores.

Especial y finalmente quiero agradecer este momento a toda mi familia. De ella, a tres personas en particular, dos de las cuales ya no se encuentran. A mi padre, quien murió cuando yo tenía nueve años, quien tuvo la sabiduría de mostrarme el valor de la humildad; a mi abuela materna, quien me enseñó a no sentirme mal cuando no me invitaban a una fiesta, a captar la fuerza de la vida espiritual y las ganancias de la decencia; y a mi madre, quien afortunadamente aún vive, que me indicó el camino de la tolerancia frente a lo desconocido, el valor del respeto frente a lo que conocemos, la importancia de conocer antes de actuar, el autocontrol frente a las provocaciones de lo humano y la cordura como forma de expresión discreta ante las sorpresas siempre acechantes de la vida: tanto personal como pública. Lo que me ha permitido, también, saber vivir lejos de mi hijo.

Al lado de otras de las que carezco, son estas la clase de virtudes que me parecen fundamentales para nuestro

tiempo. Soy de los que insiste en colocar a Cuba dentro y no fuera del tiempo y el espacio globales. Entendernos al interior de la época que vivimos y no como viniendo de una dimensión inexplorable que alimenta la percepción, digamos que neutral, de que Cuba es única y distinta, tal y como en algún momento nos hablaron de la "excepcionalidad rumana" y que en su peor desarrollo ha nutrido la idea de que somos el ombligo del mundo, que muchos felizmente no han percibido.

Y los desafíos de nuestro tiempo, que son los de Cuba, tienen que ver lo que Jean Francois Revel, un raro liberal francés, no en el sentido estadounidense del término, llamó hace ya algún tiempo el desfallecimiento de las democracias occidentales.

Yo no suelo situar a mi país como el primero que realizó una revolución socialista, sino como el primero donde la democracia falló en el hemisferio occidental. Ahora que Fidel Castro por fin descansó, aparecerán con más claridad las consecuencias de haber perdido, por más de 50 años, las instituciones democráticas en un país que sólo puede conseguir progreso sostenible democráticamente. Porque la historia moderna de occidente, en la que Cuba está inscrita a pesar de ciertas interpretaciones extravagantes, no es la de la sustitución de un modelo político por otro, sino la de la experimentación permanente dentro de las referencias y paradigmas de la democracia deseable y posible. El socialismo se pretendió como un desarrollo último y perfecto de la democracia, que decretó el fin de la historia mucho antes de que lo hiciera Francis Fukuyama. Y el valor profundo de la democracia liberal es el de constituir la referencia, la menos mala al decir de Winston Churchill, dentro de la cual, o contra la cual, los modelos políticos se miden.

El totalitarismo, que grupos fundamentales de la elite de poder cubana se niegan a abandonar, y que gracias a la tecnología y a los medios de comunicación se hace cada vez más poroso, fue y es en ese sentido una perversión de dos conceptos clave en la sociedad moderna: el pueblo como asiento de la legitimidad, sea republicana o monárquico-constitucional, y la mayoría como fundamento del gobierno legítimo.

El Estado total cubano que empezó a tomar forma desde el mismo 1959 fue un caso ejemplar de democracia fallida, levantado sobre las mismas grietas que nacen de esa perversión conceptual, y que hoy vemos por doquier en Europa, en América Latina, en América del Norte, en Asia y en África, con su impacto en la desafección ciudadana, en el debilitamiento de las instituciones democráticas, en el desprestigio progresivo de los derechos humanos, en la concentración de las elites sobre sí mismas, en la percepción de la política como relación medio-fin, —un

tema que fue objeto de reflexión crítica por parte de una pensadora como Hannah Arendt—, en el culto suicida de las mayorías y de la democracia electoral, en el desprecio de las identidades culturales o electivas y en la atrofia política de los particularismos.

El caso nuestro, en el prólogo mismo de la deriva occidental del debilitamiento democrático, fue subestimado en un rincón del debate agónico por la democracia, en la exacta medida en que fue sobrestimado doblemente: por la importancia de los nacionalismos periféricos y por la ilusión de las utopías sociales.

Hoy el duelo para nosotros es el mismo que enfrentan las democracias a nivel global: reconstruirse en una nueva era post, regresando al centro de sus fundamentos. Nuestra diferencia específica es que lo afrontamos en una dimensión más vital que compromete el derecho a ejercer nuestras libertades, simultáneamente con el trabajo de reconstrucción democrática. En las democracias que fallan hoy, todavía hay campo para el ejercicio de las libertades; en las democracias que fallaron ayer, la tensión libertades-democracia sigue comprometiendo la vida. Asumo que esta, claro está, no es cualquier diferencia.

El regreso arrogante de los autoritarismos, así en plural, expresa al nivel de Estado la erosión minuciosa, casi al detalle, de la cultura democrática entendida como hábitos, comportamiento y mentalidad en el ámbito de la sociedad civil.

A esto le están llamando el fracaso de la modernidad política. Una hipérbole asustadiza que capta, sin embargo, un proceso que merece la atención de los demócratas: el sacrificio de la democracia en el altar electoral, por falta de una permanente conversación ciudadana, y en el pedestal de las necesidades. Sabemos hoy muy bien que las democracias fracasan lo mismo en sociedades con bienestar (Cuba 1959) que en sociedades en crisis (Haití 2016). Los autoritarios nos llevan, en una falsa movida, a las arenas inestables de las necesidades de los pobres para vencernos por las urnas en el terreno más importante para las democracias: el espacio cívico. Mi hipótesis es que el autoritarismo triunfa no porque haya más hambre sino porque se han erosionado las culturas cívica y democrática en nuestras sociedades.

La realidad hoy es esta: la globalización autoritaria amenaza con superar a la globalización de la democracia. Y lo paradójico es que esta nueva globalización no es la de los valores universales sino la de los particularismos, sean locales o nacionales.

Hacia esa globalización de los autoritarismos se mueve mi país. Lo que parece un progreso en Cuba, el tenso desplazamiento del totalitarismo al autoritarismo,

describe así mismo la entrada al proceso de normalización global de los modelos autoritarios como modelos alternativos, que se pretenden tan legítimos como la democracia misma. El mito de Fidel Castro servirá, a partir de ahora, de cortina nacionalista para darle imagen, cuerpo y teoría a un autoritarismo anclado en una cultura de tradición revolucionaria, conectado a su propia red global y con contenidos plebiscitarios.

Estamos de tal modo atrapados en una doble normalización: Cuba se inserta en el mundo, y no puede evitar ser impactado por él, pero se instala en una red protectora de regímenes autoritarios que se disputan el tablero mundial. Dos realidades se están también normalizando en esta intersección: la violación sistemática de los derechos humanos, de la que son víctimas diarias cientos de activistas en Cuba, y la normalización del autoritarismo como modelo legítimable, en medio de la reivindicación mundial de reales o supuestas identidades nacionales.

¿Hay cambios en Cuba detrás de esta mutación? Sí. De doble recuperación. La del capitalismo off shore y la del mercantilismo in shore.

Capitalismo off shore: el regreso vigoroso de una red de servicios hedonistas de periferia, y en la periferia, del capitalismo global, compuesta por servicios hoteleros, una cadena diversa de restaurantes de lujo de primer nivel mundial, de autos de recreo de vieja factura estadounidense y de rostros limpios. Todo como tráiler de una propuesta más ambiciosa de industria turística de lujo, en el que los campos de golf constituyen su eje estructural. Donald Trump al acecho.

Mercantilismo in shore: la autorización de ciertos oficios de periferia, conceptuados como trabajo por cuenta propia, sin rentabilidad ni capitalización de ahorros, desconectados de cualquier posibilidad de avances tecnológicos y de la economía de internet, y con rostros sudorosos. No hay nombres poderosos a la vista.

Esto nos está conduciendo a lo que en otro lugar he llamado la latinaamericanización tardía de Cuba. Con su impacto en la reestructuración de la sociedad y en la instauración de modernas tensiones sociales. Ya se está conformando nuestro 1 % por ciento cada vez más rico, y nuestro 99 % cada vez más pobre.

Este modelo sin nombre, y que, por supuesto, no es ni el chino ni el vietnamita, tiene cinco consecuencias socio-económicas para Cuba: descapitalización de la sociedad; desaprovechamiento de los niveles de conocimiento acumulado; imposibilidad para tomar ventaja de las diferencias específicas, que potencien una moderna economía de servicios diversificada; y alta dependencia exterior, no del flujo de capitales, sino de la economía

real de los países emisores. Parejo a ello corre la falta de incentivos para la inversión de capital.

De modo que este modelo no sirve a nada ni a nadie, excepción hecha del 1%. Ni a los cubanos, ni a los inversionistas. Ni a la creación de bienestar ni de prosperidad sobre bases sólidas. Tampoco, a la estabilidad de una región cada vez más interconectada, como demuestra el flujo incesante de inmigrantes cubanos por toda la región.

El progreso y desarrollo de Cuba, contrario a lo que suelen sostener las hipótesis más profusamente extendidas, no sigue el camino de la economía a la política, sino el camino opuesto: de la política a la economía.

Luego de 10 años de gobierno de Raúl Castro, en lo que podemos llamar ya nuestra primera década perdida en el siglo XXI, es evidente que la falta de dinamismo económico no tiene sus causas en los límites propios de un ciclo económico o del atraso tecnológico, sino en los límites políticos impuestos a la reforma. Y por una doble razón: una reforma estructural de la economía conduce a una reforma de un tipo de modelo político que se sustenta en las estructuras subdesarrolladas de economía, y esa misma reforma implicaría un nuevo tipo de relación con la sociedad civil.

En Cuba no debe perderse de vista lo siguiente: afortunadamente alejada de la maldición de las materias primas, que alimentaron por ejemplo el falso boom brasileño, nuestro bienestar sostenible depende estratégicamente de un fuerte tejido de economía de servicios, ligado a las economías del conocimiento y de la comunicación, y fundado en una estructura económica de pequeñas y medianas empresas. Lejos de todos los gigantes monopólicos.

Esta economía en Cuba se llama economía política. La cual no cabe en un modelo autoritario. Y justamente desde la economía también, aunque yo soy arendtiano en política, se alimentan nuestras preocupaciones estratégicas por la democracia.

La inserción de mi país en el hemisferio pasa justamente por la conversación democrática en toda la región. Una conversación global, pos soberanía, anclada en valores universales y vinculadas a intereses geopolíticos y de seguridad regional.

Entiendo que, como la paz en Colombia, la democracia en Cuba es un problema estratégico, y de las Américas. También de los noruegos, si se animan.

Como problema estratégico me parece que lo que he llamado la globalización de los autoritarismos no tiene nada que ver con en el triunfo de cierta derecha o de cierta izquierda. Es el triunfo del autoritarismo contra y a costa de toda noción de izquierdas o de derechas. Para bien

y para mal. Es en este sentido en el que la modernidad política está en peligro.

Y el desafío autoritario a una escala global exige una respuesta democrática a escala también global. Nuestra ventaja es que nuestro sujeto no es la historia; es el individuo y es el ciudadano. Con sus historias. Lo que supone una ventaja añadida porque la democracia no tiene problemas con ninguna historia en particular.

La demanda es la de una nueva respuesta democrática, desde luego. Una democracia fuerte e incremental como la que describe el profesor Benjamin Barber. Una que parte de los fundamentos liberales, pero se afina en la diversidad, en la deliberación o conversación elegante, permanente, plural, informada y racional; en los sistemas abiertos y en la ciudadanía. Sobre todo, en la ciudadanía. Una democracia fuerte que admita, siguiendo a Robert Frost, que al final del día quizá el otro también tenga la razón. Soy de los que cree, en esta línea de pensamiento, que ganar el argumento es más importante que ganar el voto. No para el poder en el gobierno, quizá; pero de seguro sí para el poder de la democracia.

Algo de eso estamos trabajando desde Cuba en la Mesa de Unidad de Acción Democrática y en la Plataforma

Ciudadana #Otro18. Lo que sin duda potenciaremos en el post 25 de noviembre. Después de esta fecha, con la discusión simbólica y visceral de nuestros últimos 60 años, se refuerzan las condiciones para una sosegada conversación nacional, juntos y en plural, en relación con nuestros múltiples desafíos. Curiosamente, todos democráticos.

Pero solo lo lograremos si entendemos que la democracia triunfa si se mantiene como valor y acción universales. El debilitamiento de la democracia en Cuba impactó en el debilitamiento de la democracia hemisférica. Probablemente el fracaso de la revolución haitiana repercutió en los espasmos sostenidos de la idea republicana en nuestra región. Porque en esta larga duración histórica nunca se debe subestimar el papel crucial de los imaginarios. Transfronterizos por naturaleza.

Por este camino no está demás recuperar algo del idealismo wilsoniano para forjar una Liga de Demócratas que satisfaga las profundas inquietudes de Ion Ratiu.

El desafío por la democracia ha sido siempre fascinante. De nosotros depende que ella prevalezca. Juntos, en plural.